



IX

ÚLTIMOS AÑOS DE MARGARITA



IX



EN una ocasion, estando con fiebre, me hizo salir mi Superiora de la enfermería para hacer los ejercicios, pues era mi turno, y me dijo: «Id, os entrego al cuidado de Nuestro Señor Jesucristo. Que Él os dirija, gobierne y cure segun su voluntad.» Ahora bien, aunque me sorprendió esto un poco, porque en aquel momento estaba temblorosa por la fiebre, me fuí, sin embargo, muy contenta de practicar

esta obediencia, ya por verme enteramente abandonada al cuidado de mi buen Maestro, ya por tener ocasion de sufrir por su amor, siéndome indiferente la manera que tendria Él de tratarme en mi retiro, ya me hiciera sufrir ó gozar. «Todo me viene bien, decia, »con tal que Él esté contento y yo le »ame, me basta.» Mas apénas me hallé encerrada con Él solo y postrada en tierra enteramente transida de dolor y de frio, se me presentó delante, me hizo levantar, y prodigándome mil caricias me dijo: «En fin, héte ahí toda »mia, y toda á mi cuidado; por esto »quiero devolvete sana á los que te »han puesto en mis manos enferma.» Y me restituyó una salud tan completa, que no parecia haber estado mala, de lo cual se admiraron mucho, especialmente mi Superiora, que sabia todo lo sucedido.

Jamás he pasado los ejercicios entre tanto gozo y delicias: me creia en un

paraíso por los continuos favores, caricias y trato familiar con mi Señor Jesucristo, su Santísima Madre, mi santo Angel y mi bienaventurado Padre San Francisco de Sales. No especificaré aquí, á causa de su extension, los pormenores de las singulares gracias en ellos recibidas. Solamente diré que mi amable Director, para consolarme por el sentimiento que yo habia mostrado al ver borrarse de mi corazon su sagrado y adorable Nombre despues de haberlo grabado en él con tantos dolores, quiso Él mismo, con el sello y el buril enteramente inflamado de su puro amor, imprimirlo dentro y escribirlo fuera; pero de un modo que me produjo mil veces más gozo y consuelo, que dolor y afficcion me habia causado el otro.

Sólo me faltaba la cruz, sin la cual no podia vivir, ni gustar de placer alguno, ni áun celestial y divino, porque no tenia más delicias que las de verme semejante á mi pacientísimo Jesus. No

pensaba, por lo tanto, sino en ejercer sobre mi cuerpo todos los rigores, que la libertad, en que se me había dejado, me permitía. Y en efecto, se los hice bien experimentar, tanto por las penitencias, como por el método de vida y de reposo. Me había formado de cascotes de vasijas rotas un lecho, en el cual me acostaba con sumo placer, y aunque la naturaleza gimiese, era en vano, porque no la escuchaba.

Quería hacer cierta penitencia, que por lo rigurosa excitaba en mí un vehemente deseo de ejecutarla, pensando por este medio poder vengar en mí las injurias que recibe nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, ya de mí, pecadora miserable, ya de todos aquellos que en él le deshonran. Pero mi Soberano Maestro, estando ya para ejecutar mi designio, me prohibió pasar adelante, diciéndome que quería entregarme sana á mi Superiora, quien me había confiado y remitido á sus cuidados, y

así le agradaría más el sacrificio de mi deseo que la ejecución misma, porque siendo espíritu quería sacrificios del espíritu. Quedé contenta y sumisa.

Yendo una mañana á comulgar, me pareció la sagrada Hostia resplandeciente como un sol, cuyo brillo podía soportar, y en medio de ella vi á Nuestro Señor con una corona de espinas, la cual poco despues de haberle recibido puso sobre mi cabeza, diciéndome: «Recibe, hija mia, esta corona en prenda de la que muy pronto te será dada para tu conformidad conmigo.» No comprendí entónces lo que esto significaba; pero muy pronto lo supe por los efectos inmediatos: á saber, dos terribles golpes que recibí en la cabeza, de tal suerte que me pareció tener desde entónces todo el circuito de la misma rodeado de agudísimas espinas de dolor, cuyas picaduras no terminarán sino con mi vida, de lo cual doy infinitas gracias á Dios, que tan seña-

lados favores ha hecho á su miserable víctima. Mas, ¡ay de mí! como lo repito con frecuencia; las víctimas deben ser inocentes, y yo no soy sino una criminal.

Confieso que me reconozco más obligada á mi Soberano por esta corona preciosa, que si me hubiera regalado todas las diademas de los más grandes Monarcas del mundo: tanto más que nadie puede robármela, y me pone no pocas veces en la feliz necesidad de velar y entretenerme con este único objeto de mi amor. No pudiendo apoyar mi cabeza sobre la almohada, á imitación de mi divino Maestro que no podía reclinar la suya adorable sobre el lecho de la cruz, experimento gozos y consolaciones inconcebibles, viendo en mí alguna conformidad con Él. Y por este dolor queria que pidiese á Dios, su Padre, por el mérito de su coronación de espinas, á la cual uniese yo la mia, la conversion de los pecadores y

la humildad para los orgullosos, cuya soberbia le era tan desagradable é injuriosa.

Una vez, hacia el tiempo de Carnaval, es decir, como unas cinco semanas ántes del Miércoles de Ceniza, Él se me presentó despues de comulgar bajo la figura de un *Ecce homo*, cargado con su cruz, todo cubierto de llagas y contusiones, y brotando de todo su cuerpo su sangre adorable. Con una voz dolorosamente triste decia: «¿No habrá nadie que tenga piedad de mí, y quiera compadecerse y tomar parte en mi dolor viendo el lastimoso estado en que me ponen los pecadores, sobre todo en este tiempo?» Postrándome á sus sagrados pies, me ofrecí á Él con lágrimas y suspiros. Cargó sobre mis espaldas aquella pesada cruz, erizada toda de puntas de clavos, y sintiéndome agobiada bajo su peso comencé á comprender mejor la gravedad y malicia del pecado, al cual detestaba tan

vivamente en mi corazón, que hubiera preferido mil veces precipitarme en el infierno á cometer voluntariamente uno solo. «¡Maldito pecado, dije, cuán detestable eres por la injuria que haces á mi soberano Bien!» Este me dió á conocer que no bastaba llevar aquella cruz, sino que era preciso estar enclavada con Él, para hacerle fiel compañía participando de sus dolores, desprecios, oprobios y otras injurias que sufría.

Me puse inmediatamente en sus manos para todo cuanto deseara hacer en mí y por mí, dejándome enclavar á su gusto con una enfermedad, que bien pronto me hizo sentir las agudas puntas de los clavos con que estaba erizada esta cruz, y con agudísimos dolores, en los cuales no recibía otra señal de compasión sino desprecios, humillaciones y otras cosas penosísimas á la naturaleza. Pero, ¡miserable de mí! ¿qué podría sufrir yo, que pudiera igualar á

la grandeza de mis crímenes, los cuales me tienen continuamente sumida en un abismo de confusión, desde que mi Dios me hizo ver la horrible figura de un alma en pecado mortal, y la gravedad de la culpa, que por ir contra una bondad infinitamente amable, le es en extremo injuriosa? Esta vista me ha hecho sufrir más que todas las otras penas, y hubiese preferido con todo mi corazón haber comenzado á sufrir todas las merecidas por cuantos pecados he cometido, para que me hubiesen servido de preservativo y me hubiesen impedido cometerlos, ántes de haber llegado á tan miserable extremo, y esto, aún cuando estuviera segura de que Dios por su infinita bondad, me perdonaría sin entregarme á tales penas.

El estado de sufrimiento, del cual he hablado algo más arriba, me duraba ordinariamente todo aquel tiempo de Carnaval hasta el Miércoles de Ceniza.

Parecía que me hallaba reducida al extremo, sin poder encontrar consolacion alguna ni alivio, que no aumentase todavía más mis tormentos; y luego me sentía súbitamente con bastante fuerza y vigor para el ayuno de cuaresma. Siempre me ha concedido mi Soberano el favor de poderlo hacer, y aunque me hallase alguna vez rendida por tantos dolores, que con frecuencia creía al comenzar un ejercicio que no podría sostenerme hasta concluirlo, sin embargo, despues de concluido uno, comenzaba otro con las mismas penas, diciendo: «Dios mio, concededme la gracia de poder llegar hasta el fin,» y daba gracias á mi Soberano porque media así mis instantes por el reloj de sus sufrimientos para regular todas las horas con las ruedas de sus dolores.

Cuando queria favorecerme con alguna nueva cruz, me disponia para ello con abundancia de caricias y consolaciones espirituales tan grandes, que me

hubiera sido imposible sobrellevarlos si hubieran continuado. En esta ocasion le decia: «Único amor mio, os sacrifico todos estos placeres. Guardadlos para las almas santas, las cuales os glorificarán más que yo; yo no quiero sino á vos solo, enteramente desnudo sobre la cruz, donde deseo amaros á vos solo por amor de vos mismo. Quitadme, pues, todo lo demás para que os ame sin mezcla de interés ni de placer.»

Y sucedía á veces en estas circunstancias que, como sabio y experimentado Director, se complacia en contrariar mis deseos haciéndome gozar cuando hubiera querido sufrir. Pero confieso que lo uno y lo otro venia de Él, y que cuantos favores me ha hecho, ha sido por pura misericordia suya; pues jamás criatura alguna le ha opuesto tanta resistencia como yo, sea por mis infidelidades, sea por el temor que tenia de ser engañada. Y cien veces me